

## **EL PÍCARO PREGONERO**

El destartalado carruaje tirado por un asno flacuchento, avanzaba lentamente por aquella calle tortuosa como polvorienta de aquel caserío formado por anticuadas casonas dispersas a la orilla de la esbelta selva unida por caminitos de cedros torcidos y cenicientos. Rodeadas por hectáreas de tierras sembradas de naranjos floridos cuyas ramas coqueteaban con la brisa expandiendo su aroma al monte silvestre.

El dueño del carruaje, caminando con pasos asegurados con su melindroso animal de cabestro, se sorprendió de ver aquella procesión de parroquianos embadurnados por completo de un polvo amarillento que levantaban las rústicas ruedas de madera, que le seguían.

Pero el pícaro pregonero jamás pensó que poco tiempo después aquella multitud de curiosos con apariencia ingenua, acabarían por acarrearle un serio problema. Por el camino se topó con un sujeto chiflado disfrazado de indio, con el cuerpo pintado de acre rojiza y completamente embadurnado de estiércol de ganado que apestaba a leguas. Con el pelo trenzado formándole un peluquín muy a la

moda; toda su indumentaria era un pedazo de tela teñida que le golpeaba y entre las muchas prendas que no llevaba puesta: el calzoncillo.

El chiflado guerrero se detiene frente al carruaje, apoyando los codos sobre la cubierta y bajo las carcajadas burlescas de los parroquianos, comenzó a hacerle payasadas al anciano con su trasero descubierto. Luego el sujeto desaparece entre los arbustos del rudimentario parque en el preciso momento en que comenzaba a caer una lluvia repentina. Antes que el pregonero llegara a parquearse en una esquina del parque, ya la lluvia era torrencial; la pequeña calle comenzaba a desbordarse y a precipitarse sobre las viviendas con un caudal lleno de lodo y sin prestarle atención a la naturaleza inició su pregón en voz alta y pausada:

- Damas y caballeros, es un honor encontrarme en un caserío tan hermoso, viven ustedes en una tierra maravillosa, sorprendente, admirable y encantadora; si, señores, les felicito de todo corazón. A primera vista ustedes pueden sentirse afortunados, pero se equivocan! No son afortunados porque les falta algo! ¿Qué es lo que les falta? ¡Eche! Brutos del carajo, muchas vainas como han hecho falta eternos siglos para que se hubiese producido lo sobrenatural del poder milagroso... ¿He dicho milagros? Pues no retiro la palabra. Se puede guardar el mugroso dinero camuflado bajo un harapiento colchón, se puede conservar la salud si nosotros nos cuidamos. Pero hay algo que quisiéramos atenazar en nuestras manos pero es imposible... la juventud!

Pero aquí les tengo algo sorprendente, el elixir mágico que conserva la juventud perdida. He oído, imposible! Incrédulos del carajo voy a quitarles las telarañas de los ojos pero antes les contaré unas anecdotillas de antaño muy reales. Vean, parroquianos primitivos, hubo una época en que mi pueblo sufrió un cambio perdurable en sus costumbres y formas vidas. El rumor que corría veloz como el viento huracanado en boca de la gente exagerada, dejaba atónita y asustada a toda una generación: un espantoso ruido y un extraño aroma nunca antes percibido descompuesto y alborotó a la provincia.

Nadie daba crédito a lo que estaban viviendo. Aquella figura demasiado rara andaba sola, sin ayuda de personal o animal alguno. Hacia su aparición el primer automóvil traído a hombros desde muy lejos, desarmado y sus piezas cuidadosamente cubiertas y escoltadas por un pelotón de hombres armados. Ya que dicho cargamento era el más costoso que se hubiese tramitado por aquel rudo paisaje. Después de un largo y agotador viaje a través de trochas pedregosas e inestables, a travesando arroyos inundados, cerros y salvando toda clase de obstáculos, aquel vehículo aún sin forma, fue llevado al patio mas famoso de lujosa residencia de mis abuelos paternos, las primeras personas que se dieron el lujo de importar algo verdaderamente costoso en a difícil crisis por la que atravesaba el país en ese entonces.

El pueblo no creía en tal artefacto, ya que era solo un montón de piezas sin ningún sentido, un verdadero rompecabezas que decía que algunos incrédulos se destornillaran de la risa.

Amar aquel carro era una tarea casi imposible, se necesitaba una persona que ejerciera una actividad que nadie practicaba ni conocían en toda la provincia. La mercancía.

Al igual que las piezas, el mecánico contratado desde el exterior para transformar el carro, revolucionó y conmovió a los parroquianos. Aquel mecánico morisquetero que pasaría desapercibido en su tierra, era el verdadero inventor del futuro automóvil.

El mencionado mecánico, apoderado inmediatamente como el "Brujo", por su agraciada figura y dudosa inclinaciones, hizo realidad el sueño de mi pariente y su carro sin marca con el mecánico como chofer, se convirtiendo de la noche a la mañana y por mucho tiempo en el centro de atracción. Nunca hubo tanta gente reunida en las aceras de las arenosas y polvorientas calle, cuando se enunció que aquella celebridad que corría sola, iba a realizar un recorrido por el pueblo para que todos pudieran apreciar todo un símbolo de riqueza y poderío.

El terror y el pavor en aquellos rostros mojados por la polvorera era indiscriminante. Unos lloraban de entusiasmo, otros asustados se alejaban

disimuladamente y cuando el automóvil era guardado en el lujoso garaje, los parroquianos pedían a gritos su pronta salida. Todos marchaban a sus hogares y por las noches a luz destellante de un rudimentario mechón, se preguntaban si aquella máquina era auténtica. En aquel entonces los pueblos de provincias no eran más que un puñado de casas, en su mayoría de bahareque y palma curtida por la mugre, con algunos animales amarrados bajo los matarratones adornado irónicamente con descuidadas callejuelas. En vista del revuelo que causó el automotor en sus rutinarios paseos, mi abuelo se las ingenió para convertirlo en una auténtica mina de oro. De ahí en adelante, el automóvil fue expuesto como una rara pieza de museo. Para observarlo sólo por unos pocos minutos, había que aflojar una suma considerable de dinero. Recuerdo claramente que la mayoría de los boquiabiertos parroquianos se quedaron completamente en quiebra y el ambiente quedó impregnado de un desagradable olor a gasolina quemada.

Por la demanda por admirar aquella lujosa pieza, llegó incluso a exigirse al máximo. Gente importante de otras regiones al oír el rumor, ensillaron sus mulas y partieron al pueblo a ver la máquina rodante. Al percatarse de tal situación, se les ocurrió a mi pariente llevar el vehículo a otra comarca como si se tratara de un circo, y así lo hizo.

Una mañana de cielo tigrero, Palermo festejaba su fiesta patronal. Toda la gente se volcó en sus calles para ver el curioso aparato. Algunos ignorantes bajo la ola

de terror que causaba aquel monumento rodante y temiendo que acabara devorando a los habitantes, armados con toda clase de objetos en lanzaron contra el vehículo y sus ocupantes. Luego que los centinelas de turno calmaron los ánimos exaltados de los enfurecidos parroquianos, mí abuelo y sus hombres, temerosos regresaron rápidamente a casa y una semana después, por descuido del mecánico, el automóvil era devorado por las llamas de un incendio quedando como único recuerdo un arrume de hierros retorcido.

Muy pronto la gente se olvidó del extraño suceso y una noche cuando caía un torrencial aguacero, los habitantes fueron despertados por el estruendoso y ensordecedor rugir semejante a la alharaca que hacía el motor del automóvil cuando recorría las polvorientas calles. Muchos machos a pesar del pánico que sentían, fueron saliendo de sus viviendas hasta formar un numeroso grupo de investigadores y cuando cansados y aburridos retornaban a sus hogares, fueron sorprendidos por un pajarraco de tamaño descomunal y rugir escandaloso que sobrevolaba velozmente muy cerca de los techos curtidos de las viviendas, la confusión era general y muchos corrieron a esconderse mientras otros caían de bruces e inconscientes sobre la tierra mojada.

Mi abuelo que no podía conciliar el sueño, salió corriendo en pantaloncillo hacia la calle con su escopetón terciado al hombro.

Camuflado bajo la sombra del cobertizo, disparó sin clemencia un cañonazo contra el pajarraco de color metálico y crujir ensordecedor que volaba a baja altura, vomitando bocanadas de pedazos de papeles sobre los cenicientos techos de las viviendas.

Herido de muerte, el pajarraco comenzó a hacer raras piruetas en aire hasta caer vencido en pleno campo abierto, convertido en una gigantesca laguna de fuego. Sin importarle el hecho de hallarse en paños menores, mi abuelo, en compañía de vecinos y compadres de boca, festejaron su heroica hazaña con un fandango del carajo. Pero poco después, aún con el espíritu estropeado al no reponerse del trajín de los rigores de la amanecida, mi pariente era informado de que dicho pajarraco no era mas que una avioneta del gobernador haciendo campaña política.

Acusado de terrorismo, iba a ir a parar a una cárcel de la ciudad, pero con solo beber un sorbo del milagroso brebaje, rejuveneció hasta quedar en un apuesto muchachón. Los jueces confundidos con la extraña metamorfosis no tuvieron forma para condenar a un menor de edad.

- Veo que quedaron boquiabiertos con la narración. Amigos míos esto no es falacia, es un verdadero milagro que sólo puede hacer mi elixir de la eterna juventud. ¿Qué cuanto vale? ¡Hombre de Dios! Eso no se pregunta. ¿Qué no

tienes en efectivo? Este humilde servidor acepta toda clase de prendas de valor, animales y hasta esbeltas hembras.

- Gracias, bueno parroquianos, por su atención y espero que se agoten todos los frascos que traje, pero por favor no se atropellen, que no ocurra lo que me sucedió hace poco en otro sitio, que por la prisa de querer adquirir el elixir hubo heridos y hasta muertos.-

Muy temprana la mañana, después de recorrer a toda prisa un terreno tortuoso y anegadizo, seguido de lejos por un enjambre de airados parroquianos que se había aplicado la noche anterior su brebaje en sus rostros convirtiéndose al poco tiempo en verdaderos monstruos a causa de la hinchazón, el pícaro tunante camuflado bajo unos arbustos, pensó con tristeza: "Cómo quisiera que el brebaje fuera realidad, para no ser reconocido ni por mi difunta abuela, que en paz descansa".

**FIN**